

Lo corruptor de la virtud socrática

MIGUEL ÁNGEL CRESPO PERONA*

Resumen: La acusación de corruptor de jóvenes que se lanza contra Sócrates en juicio público aparece en primera instancia como algo paradójico, teniendo en cuenta que Sócrates ha quedado para occidente como modelo de virtud y de transmisión del saber. Desde diferentes puntos de vista, sin embargo, esta acusación cobra sentido: como malinterpretación de las prácticas eróticas de la época, como referencia al contexto histórico antidemocrático de la Atenas de los Treinta Tiranos y, finalmente, como cuestionamiento de los principios de autoridad y tradición en favor del intelectualismo y la primacía del ejercicio individual de la razón. Desde esta última perspectiva, más amplia, Sócrates sería de nuevo condenable.

Palabras clave: Sócrates, Democracia, Pederastia, Corrupción, Autoridad, Retórica, Intelectualismo.

Abstract: Accusing Socrates of corrupting the youth, as it was done in public trial before his death, seems at first sight to be something of a paradox, taking into account the fact that Socrates has been a Western model for virtue as well as for the transmission of knowledge. From a number of viewpoints, however, this accusation makes sense: as a misunderstanding of the erotic practices of the period, as a reference to the antidemocratic historical time of the Thirty of Athens and, finally, as a questioning of the principles of authority and tradition, favouring intellectualism and the primacy of the individual exertion of reason. From this, broader perspective, Socrates would again be condemnable.

Key words: Socrates, Democracy, Pederasty, Corruption, Authority, Rhetoric, Intellectualism.

Ante todo, este texto se propone volver sobre ese juicio público celebrado en Atenas trescientos noventa y nueve años antes de Cristo, en el que Sócrates fue condenado a muerte por, entre otras cosas «corromper a los jóvenes». ¿Cómo interpretar esta acusación formulada contra el hombre que la historia nos presenta como el iniciador en muchos aspectos de la filosofía clásica, y en todo caso como claramente preocupado por la transmisión del saber, la educación, la virtud, y el estatus mismo de la sabiduría? ¿Cómo entender esta acusación en el contexto de los diálogos platónicos, en los que los interlocutores del Sócrates dibujado por Platón, jóvenes en su mayoría, entran en un juego dialéctico que ha servido de base para el desarrollo moderno de lo que se ha considerado a menudo el corazón mismo del discurso filosófico?

El juicio y muerte de Sócrates han proyectado siempre una extensa fascinación, con sus interpretaciones correspondientes, que aún hoy van desde el debate historiográfico-filológico al puro análisis de las redes simbólicas de este icono cultural de occidente. Entre ambos extremos, y sin duda más cerca de este último, nos proponemos aquí analizar algunas posibles interpretaciones de esta desconcertante acusación de corrupción contra este «ciudadano ejemplar» de Atenas; ver en

Fecha de recepción: 2 de junio de 2003. Fecha de aceptación: 25 de junio de 2003.

* C/ San Marcos, 2-4ºB. 30002 Murcia. España.

qué medida pueden ser malinterpretaciones y en qué medida han dejado de serlo con el paso del tiempo; nos proponemos, además, relacionar esta acusación con las otras acusaciones que surgieron explícitamente en este juicio, para hacer ver que la supuesta ineptitud pedagógica de Sócrates no puede estar en absoluto desvinculada del resto de cargos que lo condenaron a beber la cicuta; finalmente, emitiremos otro juicio más sobre Sócrates, a partir de lo que los textos que nunca escribió nos continúan diciendo de él; un juicio que, adelantémoslo, a pesar de toda su ambigüedad y su ironía, sería de nuevo condenatorio.

1. Cómo interpretar esta acusación

En la Grecia de finales del siglo V antes de Cristo es evidente que casi todo tenía un sentido lo suficientemente cercano a nuestra contemporaneidad como para que podamos comprenderlo y lo suficientemente alejado como para nunca comprenderlo bien. La corrupción moral de pupilos jóvenes no es una situación que nos resulte excesivamente difícil representarnos, pero sin duda la moralidad clásica ha roto muchos de sus lazos con la nuestra. Volviendo la vista atrás tan sólo unos decenios, es fácil encontrar los testimonios de helenistas, filólogos y académicos que tenían serios problemas para asumir la existencia de la institución griega de la pederastia, y en ocasiones ésta era una cuestión relegada a los márgenes o a las elipsis. En otras ocasiones, en cambio, era precisamente la excusa para poner de manifiesto la inferioridad moral de la Antigüedad, y más aún, para justificar la ruina personal de personajes públicos como Sócrates. Llegamos así a una primera interpretación, quizá la más ingenua, insostenible ya, y que nunca tuvo en realidad una gran repercusión; la interpretación del poder corruptor de Sócrates en tanto que ciudadano adulto en tratos eróticos con hijos varones de otros ciudadanos: Sócrates en tanto que pederasta. Pero aunque algunos adalides de la moralidad judeocristiana aludieran a menudo a las representaciones contemporáneas del homoerotismo como «el vicio de Sócrates», la voluntad socrática de mantenerse al margen de la política activa, su énfasis en la virtud individual y su propia conducta descrita en términos de asceta y excéntrico respecto a los usos amorosos de la época, han hecho que ni siquiera la tradición cristiana se haya cebado en exceso en esta desacertada, anacrónica e ingenua interpretación. Habrá que adelantar, sin embargo, que si bien Sócrates no nos ha llegado como paradigma del llamado «amor griego», a pesar de declarar estar versado en cuestiones amorosas (véase el *Banquete* platónico), la trascendencia de la asociación de la pederastia a la corrupción educativa puede ir, como se verá más abajo, más allá del puro anacronismo.

Una aproximación historiográfica más seria nos habla de la corrupción de los jóvenes en términos estrictamente políticos: entre los seguidores de Sócrates habían estado Alcibíades y Critias, quienes habían mostrado abiertamente su distanciamiento del modelo democrático anterior durante el período de la oligarquía de los Treinta, cuando ejercieron su poder. Tras el derrocamiento de estos «treinta tiranos» se había proclamado una amnistía que prohibía juicios en relación con los sucesos de esta etapa política. Aún así, cuando Sócrates en la *Apología* dice sobre sus acusadores anónimos que «son muchos los años que han transcurrido desde que vienen propagando sus mentiras» (18 a)¹, se está refiriendo a un sentir de sus conciudadanos que lo asocia con ser el maestro de aquellos que habían puesto en cuestión el sistema democrático ateniense y habían ejercido un poder despótico. La «corrupción de los jóvenes» serían entonces las ideas de autosuficiencia y antirelativismo que

1 Platón, *Defensa de Sócrates*, trad. de Francisco García Yagüe, en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1966, p. 202.

habrían conducido a los pupilos Alcibíades y Critias a constituirse en enemigos tiránicos de la organizada sociedad ateniense.

Sin embargo, dentro de esta aproximación historiográfica, un autor como Thomas Brickhouse, en su *Sócrates a Juicio*, se preocupa de rescatar la figura de Sócrates para la causa democrática, por falta de evidencias filológicas: «concluimos que la *Apología* 33 a 4-5 no nos lleva por sí misma a suponer que Sócrates alude específicamente a su pretendida corrupción de Critias, Alcibíades o Cármides, de manera opuesta al número indefinido de jóvenes atenienses que, de acuerdo con los 'primeros acusadores' fueron corrompidos al asociarse con él (23 c 2 - d 2)»². A partir de esta conclusión, tan sólo una acusación general de corruptor, sin partidismo político o nombres propios concretos, se sostendría, y no estaría directamente relacionada con las supuestas actitudes «antidemocráticas» de Sócrates, que en el ámbito de la escena política ciertamente no se evidencian documentalmente, ni siquiera durante la oligarquía de los Treinta. A pesar de esto, no puede dejarse de pensar que, en las mentes de los presentes en el juicio, la asociación entre Sócrates y los mencionados tiranos daba cuerpo y rostros a la acusación de corruptor, para unos ciudadanos que habían sido testigos de los desmanes políticos de los oligarcas. Por tanto, Brickhouse insiste en que la amnistía prohibía la inclusión explícita en los cargos de las asociaciones de Sócrates con ciertos ciudadanos, entonces jóvenes, «pero no había una provisión en la amnistía que impidiera a Meleto y a otros hacer innegables referencias a la asociación de Sócrates con Alcibíades o Critias, a través de insinuación obvia, o incluso bastante explícitamente»³. De manera que la acusación de «antidemócrata» surge como la primera interpretación argumentable, a la vista de los hechos históricos, de lo corruptor de la enseñanza socrática. Para rescatar a nuestro personaje de esta acusación de *μίσόδημος* bastaría con descalificar los prejuicios que, sin fundamento en hechos concretos, sino solamente en la pasada relación pedagógica, vinculaban en la mente de los jurados a Sócrates y a algunos de los políticos del régimen de los Treinta Tiranos.

Y aún así, dejando el terreno puramente historiográfico, cabría preguntarse si no estamos nosotros mismos en condiciones de tener una sospecha similar a la de los jurados, si las enseñanzas de Sócrates no tenían en sí mismas algo de incitador al poder oligárquico y al culto personal, por oposición a la tradicional distribución de poder más o menos equitativa entre los varones que tenían el privilegio de ciudadanos. Al margen de históricas intrigas políticas, es perfectamente lícita la pregunta por lo adecuado de la actividad pedagógica de Sócrates en un contexto político en que la tradición y la autoridad seguían jugando un papel importante:

desde el punto de vista de un ateniense tradicional, el «servicio a la divinidad» de Sócrates podría muy bien parecer ser corrupción. La Atenas del siglo V estaba llena de hombres orgullosos, hombres cuya cultura estaba construida a su alrededor. Ésta no era meramente una cultura dominada por lo masculino, sino también una cultura del autoritarismo masculino. Los varones adultos no sólo gobernaban el estado, sino también sus hogares y a todo lo que vivía en ellos. (...) Tales hombres eran locuaces, combativos, y sensibles al ridículo, a la necesidad de salir bien parados en confrontaciones públicas. ¿Cuál sería el efecto, en una cultura tal, de un hombre cuya misión lo llevara diariamente a lugares públicos para mostrar qué poca sabiduría real tenía nadie? La misión de

2 Thomas Brickhouse y Nicholas D. Smith, *Socrates on Trial*, Oxford, Clarendon, 1990, p. 197. Nuestra traducción.

3 Brickhouse, p. 75.

Sócrates tenía el efecto de mostrar a los jóvenes lo poco que realmente sabían sus padres acerca de cómo vivir, y qué poco sustentados estaban sus valores y tradiciones. Y los jóvenes admiradores de Sócrates no aceptaron pasivamente la autoridad de sus mayores; antes bien, la cuestionaron, y eran estimulados por su capacidad para refutar y confundir a sus mayores sobre las creencias más vitales y estimadas. Es enteramente posible de hecho que algunos de los jóvenes seguidores de Sócrates se convencieran, por su capacidad para refutar valores tradicionales sostenidos irreflexivamente, que tales valores no podían justificarse, y se vieran abocados entonces al más profundo nihilismo moral. Los primeros encuentros con el razonamiento de la filosofía crítica a menudo tienen ese efecto, incluso hoy⁴.

De manera que la evidencia de lo arriesgado de la actividad de Sócrates podemos sentirla hoy mismo, en la perplejidad que la propia enseñanza de la filosofía puede causar en los jóvenes que se aproximan a ella. Podríamos nosotros también emitir un juicio, y decir si esa peligrosa invitación al cuestionamiento de la autoridad, al juego dialéctico desde la independencia del pensar, es algo corruptor en esencia, o sólo lo fue a los ojos de una civilización antigua de la que nosotros hemos tenido la suerte de no heredar muchos yugos.

Emitamos entonces ese juicio, desde la prudente distancia de una interpretación de un tiempo que dista dos mil cuatrocientos años, y en ningún caso intentando dar solución al llamado «problema de Sócrates»⁵: a pesar de todo su pretendido servicio a la democracia ateniense, el contacto con sus discípulos socavaba muchos de los principios sobre los que se asentaba esa democracia. Los innumerables y renovados estudios sobre la clasicidad nos han enseñado que las etimologías no son suficiente justificación para la pervivencia de un concepto, y que el ejercicio de la democracia ateniense, con tener complejas y sofisticadas redes de poder, dista mucho de los principios de autonomía, derechos individuales y universalidad que estamos acostumbrados a adscribir a los regímenes democráticos contemporáneos. Por tanto, en el contexto del poder democrático del 399 antes de Cristo, Sócrates estaba, en efecto, corrompiendo a los jóvenes, en la medida en que los alejaba de los principios tradicionales del ejercicio del poder público⁶. Paradójicamente, esto quedaría apoyado por la propia práctica erótica de Sócrates, la que, como decíamos, no es puramente anecdótica: Platón nos muestra a un Sócrates que constantemente transgrede la institución clásica de la pederastia, haciendo caso omiso de requerimientos de erómenoi como Alcibíades, o simple-

4 Brickhouse, pp. 198-99.

5 José Martínez Hernández elude emitir un discurso valorativo sobre la históricamente ficcionalizada figura de Sócrates, pero eso quizá no ayude mucho a entender el espíritu de un gran polemista: «No vamos a centrarnos aquí en el Sócrates histórico, en el tan traído y llevado *problema de Sócrates* sobre el que tanta tinta se ha derramado. Carecemos para ello de la erudición, de la paciencia y del interés necesarios y, sobre todo, estamos convencidos de que esa no es la forma más adecuada para acercarse a él, porque adentrándonos por ese camino acabamos enzarzados en un sinfín de disquisiciones y de sutiles distingos que se usan para apoyar las más dispares teorías» (José Martínez Hernández, *El legado de Sócrates*, Granada, Comares, 2001, p. 154).

6 «La acusación es, por lo tanto, de empeorar (en mayor o menor grado) el estado de la juventud ateniense. Cornford interpreta este término como 'desmoralizar' y, bajo esta perspectiva, añade, en una dirección ya abierta por Hegel, que la acusación era cierta, pues 'Sócrates estaba socavando la moral basada en el apremio social, esa ética de la obediencia y de conformidad a la costumbre que mantiene unidos a los grupos sociales'. En definitiva, está poniendo en cuestión lo más básico de toda comunidad humana: los simulacros que fomentan su identidad y su cohesión: Sócrates hace peores a los jóvenes en tanto que ciudadanos». (Gregorio Luri Medrano, *El proceso de Sócrates: Sócrates y la transposición del socratismo*, Madrid, Trotta, 1998, p. 31).

mente sustrayéndose, con su independencia y ascética características, a las pasiones eróticas propias de un enseñante de la época. Volviendo a nuestra primera, ingenua interpretación de διαφθείρειν (corromper), tendríamos que decir que Sócrates corrompía a los jóvenes precisamente porque no encajaba en los cánones de un pederasta.

2. Otras acusaciones

En una cultura orgánica como la clásica no es difícil establecer vínculos estrechos entre actividades diversas de la vida pública. De esa manera, centrarnos en la acusación de corrupción no nos impide extender nuestro juicio particular al resto de acusaciones que finalmente llevaron a la condena a muerte de Sócrates. Aunque la acusación formal es llevada a cabo por Anito, Meleto y Licón, Sócrates en la *Apología* tiene a bien incluir otras posibles acusaciones, derivadas entre otras de la deformada imagen pública que de él había pretendido dar la comedia *Las Nubes*, de Aristófanes. Éstas eran en realidad las acusaciones que se solían lanzar contra los sofistas: el ocuparse en exceso de los fenómenos celestes y subterráneos, y el conseguir hacer que el argumento más débil apareciera como el más fuerte. Sócrates parece no tener grandes problemas en defenderse de su inclusión en un grupo de enseñantes de los que se sentía fundamentalmente desvinculado, fundamentalmente porque apelaba al desdén por el relativismo de la fuerza retórica y al intelectualismo de la virtud política.

¿Qué relacionan al descrédito del poder de la palabra y a la racionalización de la virtud con la corrupción juvenil; o más aún, con la acusación de impiedad, que también se lanza contra Sócrates? Debemos tener en cuenta la novedad que suponen los postulados socráticos, una novedad medible por su impacto en las reformulaciones que de ellos ha hecho la historia de occidente. Unir el saber a la virtud es el gran paso que sienta las bases, por primera vez en la historia, para la creación de un sujeto cuya autonomía se basa en su capacidad racional y no en sus vínculos o diferencias con el grupo o con su tradición⁷. Por otro lado, desligar las nociones verdaderas de la fuerza persuasiva de los argumentos, perseguir la verdad que subyace al engañoso poder del lenguaje, coloca a Sócrates en el inicio de la tradición de la filosofía dialéctica, apoyada en valores de verdad y no en valores de poder. Ambos giros pueden parecernos irrenunciables, constitutivos incluso de nuestra propia configuración mental como hombres y mujeres del tercer milenio. Sin embargo, creemos que es tarea de la filosofía la crítica de sus propios supuestos y la exploración de los caminos teóricos que la historicidad de la verdad se empeña en dejar a un lado. Por eso, pretendemos llamar la atención no sobre la renuncia a unos orígenes probablemente irrenunciables, sino sobre el desarrollo de unos gérmenes cuyo contexto, en un ejercicio teórico, no parecen agotarse en la secuencia histórica de sus interpretaciones, y ciertamente no en la de sus malinterpretaciones.

Del intelectualismo de Sócrates se deriva su impiedad: alguien que desconfía de la retórica y pretende racionalizar la virtud no puede dejarse seducir por la verdad del mito ni por la veneración de la tradición. Este intelectualismo, ciertamente corruptor para algunos de sus jóvenes discípulos en su época, le ha sido criticado desde puntos de vista diversos. Uno de los casos más gráficos es quizá el del joven Nietzsche, acusando a Eurípides de «socratismo estético», denunciando la asociación entre Sócrates y Eurípides, y denostando en un tono ciertamente romántico la máxima de que

⁷ Cf. a este respecto, el análisis de la virtud según el modelo socrático en Norbert Bilbeny, *Sócrates: El saber como ética* (Barcelona, Península, 1998, pp. 46-54).

«para ser bello algo tiene que ser primero inteligible —una máxima paralela al dictum socrático: ‘solamente el que sabe es virtuoso’»⁸. Muchos años después de que el propio Nietzsche haya sido reinterpretado, sigue siendo pertinente preguntarse por las acusaciones hechas a Sócrates por sus contemporáneos, a la luz de lo que la historia del pensamiento moderno tiene de réplica y hasta de santificación de ciertos aspectos del socratismo: la autonomía, la génesis del principio de identidad, la universalidad de la virtud, el desdén por el principio de autoridad y por la tradición. Y esta puesta en cuestión es pertinente porque el modelo socrático, con sus luces y sus sombras, sigue presente en nuestro entendimiento de la enseñanza de la filosofía y de la transmisión del saber en general. Sería deseable, después de haber pasado por la sacralización de la autoridad en el medievo, y por la deificación ilustrada de racionalidades varias, tener en cuenta todos los gestos socráticos, incluidas su ambigüedad y su ironía, y sobre todo el hecho de que aceptara su condena como algo justo (*Critón*, 52 b-53 c). La muerte del Sócrates histórico lo convirtió, según algunos teóricos, en un mártir para la causa ontoteológica, y diríamos nosotros incluso, que para la política y la práctica educativa. Sólo así parecen comprensibles el horror que causan en un contexto contemporáneo las nociones de tradición, autoridad, retórica, fuerza discursiva, como monstruos envenenados para siempre por la cicuta de Sócrates.

8 F. Nietzsche. *Die Geburt der Tragödie aus dem Geiste der Musik*, parágrafo 12.